

C.E.N.A.

863.6

S718c

C.R.

CATALINA

MÁXIMO SOTO HALL



# CATALINA

«Veni dilecte mi egrediamur in agrum, comoremur in villis.»

*El Cant de Cant.*

*Cap. VII, Vers. XI.*



SAN JOSÉ DE COSTA RICA  
IMPRESA Y LIBRERIA ESPAÑOLA

*Maria v. de Lines*

1900

A su distinguido amigo

el

Doctor Don Elías Rojas

dedica este idílico sueño

Su afmo.

M. S. Y.

# CATALINA

---

## I

Turbando la tranquila soledad de la noche, como un gran estremecimiento de horror, las campanas de todas las iglesias voltearon llamando á fuego. Al principio perdiéronse sus tañidos en el espacio inmenso; pero la constante repetición de las ondas sonoras acabó por llenar el aire de vibraciones, llevando á todas partes el angustioso llamamiento de las gargantas de bronce. Los que dormían, los que en discreta alcoba se entregaban á los deleites del amor, casi todos se echaron á la calle, presa el alma de esa impresión invencible que producen las grandes

catástrofes que llevan en sí la destrucción y la muerte.

Entre unos y otros se cruzaban preguntas rápidas, angustiosas.

—¿Dónde es el incendio?

—En el cuartel—se oía decir por una parte, y un pánico inmenso se apoderaba de todas las almas. Iba á volar la población entera. Mas allá se pronunciaba otro nombre y otro y otro. Nadie sabía la verdad á ciencia cierta; pero la multitud, cual si la guiara un solo impulso, deshecha en grupos, entre el murmullo sordo de voces y pasos, iba como un torrente humano á desembocar en el sitio del siniestro, mientras las bombas con su pesado y ronco rodar semejaban el ruido de lejana tormenta.

En el corazón mismo de la calle del Comercio, en una de las esquinas principales, se quemaba un gran Bazar. Al llegar

frente al edificio, por la parte exterior nada se advertía. Las puertas estaban cerradas, y detrás de las grandes vidrieras de los escaparates, alumbrados con luz eléctrica, se ofrecía la exhibición ordinaria, objetos de todas clases: vinos, licores, cristalería, muebles, armas de fuego y blancas, artículos de fantasía, instrumentos de labranza, útiles de cocina, lámparas, maderas, cubiertos, todo un babel de cosas, donde lo que pide el lujo y lo que reclama la necesidad se mezclaban en extraña confusión.

A primera vista, en nada se advertían indicios del incendio. Sin embargo llevaba el ambiente olor á quemado y alzando la mirada, podía verse sobre el edificio, una columna de humo negra, compacta, que se retorció como una serpiente colosal en el espacio y que iba á perderse esfumándose en la obscuridad del

cielo. Algunos particulares habían subido á los techos de las casas vecinas, á fin de impedir, cortando las maderas, que el fuego se contagiara, en caso que el incendio del Bazar no pudiera contenerse. Otros se ocupaban en acarrear baldes y cántaros de agua para ayudar á las bombas, que escupían constantemente sus duchas sobre el naciente fuego. La mayoría estaba compuesta de curiosos, que, colocados á prudente distancia, no habían hasta entonces logrado ver más que la gigantesca columna de humo. De pronto una especie de relámpago iluminó el cielo, y una lengua roja se retorció convulsa entre el penacho negro, al tiempo mismo que se oía el estruendo de una gran mole que se derrumbaba. Salió un grito de espanto de todas las bocas: el incendio triunfaba. Inutilmente el agua caía sin cesar sobre

aquella hoguera; evaporada por el calor volvía á elevarse convertida en nubecitas blancas que parecían copos de espuma. El incendio crecía: á la primera llama sucedieron otra y otras más. Un calor sofocante se desprendía de aquella inmensa fragua cuya luz rojiza derramaba en torno de ella un reflejo purpúreo de crepúsculo estival. Hasta los rostros de los que se hallaban cerca parecían ascuas. El pánico aumentaba y con él la actividad; los más indiferentes querían ayudar en algo. Entristecía el ver consumirse el suntuoso edificio que guardaba tantos primores y tanta riqueza.

De pronto, cuando menos se esperaba, se empañaron los cristales de los escaparates. Todos los objetos se confundieron en una niebla gris y luego las llamas desatentadas, locas, vinieron á estrellarse contra las ventanas.

Crujieron los cristales como huesos que se rompen y cayeron hechos pedazos. Las llamas, entonces, libres, juguetonas, lamieron la fachada del Bazar; con una curva graciosa y rápida contornearon el alero y sus puntos azules, agitadas por la brisa, comenzaron á crepitar sobre el tejado color de sepia. El estruendo crecía por momentos: vigas que se desplomaban, cristales que crujían al romperse, objetos de metal que se caían; los tiros de revólver que estallaban con el repiqueteo seguido de un fuego graneado, las estanterías que se desquiciaban, miles y miles de ruidos extraños y confusos que surgían asordadores de aquel infierno.

Un estremecimiento de angustia invadió todos los corazones. Dominando el estruendo, rasgó el aire un gemido desesperado, horrible. Al principio se tomó

por una voz humana, después se comprendió que era el aullido triste y desconsolado de un perro. Era una hermosa hembra de Terranova recién parida. Cuando se apercibió del incendio cogió en la boca uno de sus hijos y por el portón que se había abierto para sacar las mercancías que se lograsen arrebatarse al incendio, lo llevó á la calle. Tres veces repitió la misma operación. En su cuarto viaje las llamas le cerraron la salida. Hubiera podido saltar sobre el fuego y escaparse; pero aun quedaban cinco perritos en el nido. No se decidió á dejarlos: sentose sobre las patas traseras, y clavando sus ojos lánguidos y húmedos en los entreabiertos de sus hijos, rompió á aullar con profundo desconsuelo, como en demanda de socorro. Proyectos y más proyectos se hicieron para salvar al animal cuyas quejas

partían el alma; pero todos era#  
imposibles#. Los lamentos fueron  
apagándose hasta quedar com-  
pletamente extintos.

Entre tanto las llamas fatiga-  
das de arrasar en el ala izquier-  
da del edificio, habían invadido  
la derecha y alcanzado el departa-  
mento de los licores. Entonces  
se ofreció á las curiosas miradas  
de la multitud un espectáculo  
soberbio. En vez de las llamas  
rojas que hasta esa hora habían  
brotado por todas partes, surgió  
de pronto una colosal, verde-  
azulada, casi invisible en la  
punta, que esparció una clari-  
dad blanca como de luna nueva,  
tiñendo los rostros de mortal  
palidez. En ese mismo departa-  
mento había distintas drogas:  
así fué que entre la explosión  
de las botellas que estallaban  
como bombas, aparecieron, con-  
fundiéndose en caprichos de iris,  
llamas verdes, moradas, ama-

rillas, anaranjadas y rojas. El alcohol seguía ardiendo, en tal cantidad, que no alcanzando á consumirse en el interior rodaba inflamado como torrentes de lava hasta la calle, haciendo retroceder, llenos de espanto, á los curiosos.

Las caballerizas habían logrado salvarse, pero el pábulo que dió al incendio aquel combustible hizo que al fin las llamas las invadieran. Allí, encerrados en sus departamentos de madera, se hallaban dos soberbios caballos de tiro *puré sang*. Desde que oyeron los primeros ruidos del incendio, comenzaron á moverse agitados, nerviosos; después cuando llegó hasta ellos el aire saturado de extraños olores, abrieron anhelantes sus narices, volvieron y revolvieron sin cesar la cabeza, con las orejas inclinadas hacia adelante, los ojos vidriosos y asustados y temblo-

rosa la piel como de bestia hostigada por las moscas. Muy pronto el calor comenzó á mortificarlos: pateaban fuertemente contra el suelo, agitaban la cola como un abanico para hacerse aire y no acertaban á permanecer dos segundos en el mismo lugar. Uno de ellos tenía la costumbre de rascarse el cuello contra la puerta hasta hacerse sangre; por eso lo mantenían atado con un fuerte y corto ronzal; el otro estaba suelto. De momento en momento crecía el calor y con él, la ansiedad y el loco desatino de los corceles. Relinchaban cada vez más fuerte, agitaban la cabeza de arriba abajo, se estremecían como en presencia del tigre entre lo más intrincado de una selva. De pronto la cuadra se llenó de humo hasta querer asfixiarlos: desesperados, aturcidos, violentos, pateaban febriles, subían las patas delanteras sobre el pesebre

hasta ponerse casi verticales, como si quisieran irguiéndose buscar aire para sus exhaustos pulmones; pafaban y su angustiosa respiración era como el resoplido de un toro que enviste. Al fin una gran llama lamió los departamentos. Entonces su horror llegó al arretrato; los convirtió en fieras. El que se hallaba atado quiso dando un salto en retroceso romper el ronzal; pero no pudo. Sus patas traseras resbalaron y cayó con la cabeza estirada, medio cuerpo en tierra y casi estrangulado. En vano pugnaba por levantarse: su misma desesperación, lo liso del pavimento y la actitud difícil en que se encontraba, le hacían resbalar y caer á cada nuevo esfuerzo, mientras el humo saturando el aire, el calor enrareciéndolo y el ronzal apretándole el cuello, aceleraban su asfixia; lanzaba roncós y apagados

relinchos que parecían quejas ahogadas; los ojos inyectados se le saltaban de las órbitas y sus patas convulsas, golpeaban sobre las maderas de la cuadra, como si fuera el redoble de un inmenso tambor. El otro tan pronto como sintió el paso de la llama, se arrojó enfurecido sobre la puerta y golpeándola con el robusto pecho la hizo saltar hecha pedazos. Antes de salir se detuvo un momento. Por todas partes estaba circundado de llamas. Relinchó fuertemente, giró á todas partes la mirada llena de pavora, sacudió con desesperación el nervudo cuerpo y al fin se decidió á cruzar el fuego guiado por el instinto. Rauda como una exhalación se arrojó entre la ardiente vorágine. Al estampar el casco en el suelo sembrado de ascuas y sentir el escozor de las quemaduras, saltaba como si hubiera querido

salir sin volver á pisar tierra. Chirreaba su piel al contacto del fuego y sobre todo lo mortificaban las llamas en los órganos genitales. Sin embargo seguía, seguía andando, tan de prisa como le era posible, tropezando con los escombros, golpeándose con las paredes, hiriéndose, maltratándose sin cesar, casi ahogado, casi muerto, hasta que logró alcanzar la calle. La multitud al verlo salir como un monstruo apocalíptico vomitado por un volcán, sin darse cuenta de lo que era lanzó una exclamación de horror y se abrió en bandas para darle paso. Inútil precaución: el bruto al verse libre del incendio, lacerado, estropeado, rendido por el horrible esfuerzo que había hecho, se dejó caer en el suelo retorciéndose con movimientos convulsos, entreabierta la reseca boca y fijos los ojos agonizantes en el edificio ardiente.

Cerca de la cuadra había un cuartito lleno de cajas de petróleo. No tardó el fuego en invadir este lugar y la ciudad entera quedó iluminada por una antorcha gigantesca que parecía querer escalar la misma bóveda del cielo. Aquello hizo crecer el pánico de una manera terrible. El cuartito estaba próximo á la casa vecina y era seguro que el fuego se propagaría sin que pudiera evitarse. Unos cuantos atrevidos armados de fuertes hachas comenzaron á hacer más ancho el corte que debía servir de impedimento. Trabajaban activamente, cubiertos de sudor, anhelantes. De pronto una inesperada racha de viento que no duró más que un segundo, inclinó la llama hacia los trabajadores, como inclina los árboles el huracán, y el grupo, compuesto de cinco héroes, quedó apisionado por el mónstruo abrasa.

dor. Una interjección violenta salió de sus labios y un grito de los de la multitud. La llama había vuelto á erguirse magestuosa; pero de los cinco hombres sólo quedaban dos sobre el techo y éstos revolcándose de dolor como unos epilépticos. Aquella ola de fuego cegando, aturdiendo, dominando á los otros tres, los había arrastrado al mar de hirviente lava que rugía á sus plantas. Toda la actividad convergió entonces á este punto; se bajó cuidadosamente á los quemados, que ambos estaban de gravedad; se trató, por cumplir, de ver si aun era posible salvar á los otros y se continuó apagando en este sitio único que no había quedado reducido á ascuas, lográndose, no sólo evitar el contagio sino ahogar esas últimas llamas.

Entre tanto llegaba la aurora tiñendo el Oriente de púrpura,

como si allá detrás de los montes hubiera otro incendio y el sol vertía la soberbia pompa de su luz sobre aquel montón de escombros y cenizas que vomitaban sin cesar entrelazados remolinos de humo, entre los cuales brotaban á intervalos, para sepultarse de nuevo, pequeñas llamas, que parecían como los últimos alientos de un moribundo.

---

## II

Los sentimientos de filantropía, de caridad, de amor, que invadieron todos los corazones la noche de la terrible catástrofe, al día siguiente se convirtieron en una furiosa marejada de odio, de malignidad, de ingratitude. Los mismos que habían prestado su ayuda para sofocar el fuego, tras la reflexión sintieron el arrepentimiento, se acusaron de torpeza y se dieron por víctimas de un engaño. ¿Quién no había sentido desde que comenzó el incendio un marcado olor á petróleo? ¿Quién no sabía que el señor Valuart andaba mal en sus empresas y que tenía su almacén asegurado en muchos

miles de libras? ¿Quién debajo de aquellas cenizas, único resto que había quedado del gran Bazar, no veía oculto el crimen? Todos gritaron llenos de indignación y la frase acusadora fué atravesando todas las esferas sociales y al extenderse creció hasta convertirse en una avalancha. ¡Incendiario! era la palabra que se oía distinta entre aquel estruendo de tempestad. Y esa palabra pasaba de boca en boca, repetida con fruición, con deleite. Los que no habían podido en el comercio competir con el señor Valuart, los que habían tenido que inclinarse ante el poder de su fortuna, los que le merecían algún favor y deseaban eliminarse del peso de la gratitud, todos repitieron la terrible palabra precedida de bárbaros epítetos, hasta que rodando, rodando llegó á oídos de los representantes de la ley. Se investigó,

---

se rebuscó, se tomaron declaraciones, se siguieron las más escrupulosas pesquisas y al fin se dictó auto motivado de prisión. El poderoso comerciante ante el cual todos inclinaban la cabeza poco tiempo atrás, del cual todos se disputaban el saludo, fué conducido á la cárcel entre la entusiasta aprobación general y mientras la envidia, satisfecha, enarbolaba triunfante su pabellón.

---



### III

Detrás de aquel odio, de aquella malignidad, de aquella ingratitude, se ocultaban la verdad y la justicia. El placer causado por el derrumbamiento de un ídolo, había excedido el rigor de la opinión pública, otras veces tan tolerante y tan consentidora, pero en el fondo le asistía la razón; el incendio había sido voluntario.

Don Carlos Valuart era un hombre de bien, un comerciante honrado, á quien sólo una fuerza superior, ineludible, pudo inducirle al crimen, y esta fuerza era precisamente un noble, alto, sagrado sentimiento: el amor filial. Adoraba en su

hijo Ricardo y la idea de que este quedase en la miseria después que él había trabajado para legarle una gran fortuna, le decidió á pasar sobre todo, á buscar la salvación en el crimen.

Aquel amor loco tenía su explicación. Ricardo representaba para él, cuanto hay de grande para el hombre en la vida. El señor Valuart era de origen francés; vino á Costa Rica, después de que una epidemia de cólera le arrebató á sus padres, á su único hermano y con ellos todo cuanto encarnaba para él la idea de familia. Trajo un pequeño capital—herencia materna,—con el cual comenzó sus negocios de comercio, viéndose en pocos años dueño de una gran fortuna. Entonces, hastiado de su soledad, pensó en el matrimonio. Acababa de hacer su entrada en la vida social una niña encantadora: Ma-

ría Teresa Blancot, hija de un paisano y amigo suyo. La niña era adorable y su aparición en los salones fué una entrada triunfal. Alta, delgada, pálida, con grandes y rizados cabellos rubios, delicada como una muñeca de porcelana y espiritual como la Ofelia de Shakespeare. El señor Valuart quedó rendido ante la belleza de su compatriota; dedicó á ella sus más finos galanteos, logró interesar el corazón de la niña y finalmente la pidió en matrimonio. Se efectuó la boda y la felicidad extendió su manto de oro sobre los desposados. Pasaron un año y dos y cinco; seguían siendo dichosos: sólo una sombra enturbiaba sus almas: la falta de sucesión. Habían consultado á todos los médicos, probado toda clase de climas, de aguas, y de drogas; ella no se cansaba de hacer promesas y rogativas á los

santos y el de pedir á Europa todos los últimos descubrimientos de la medicina para curar la esterilidad. Cada nueva tentativa sin resultado, era un nuevo golpe para sus corazones. Ya comenzaban á desesperar cuando cierto día ella, rebozando de gozo se acercó á su marido para comunicarle que no se había enfermado en la fecha que le tocaba. Aquello podía ser un feliz anuncio. No tardaron en convencerse de que lo era. María Teresa comenzó á sentirse mal; náuseas, constipación intestinal, dolores fuertes en la cintura, palpitaciones, grosor de los pechos, sueño constante y después como un aleteo de felicidad los movimientos en el vientre fecundo, la primera tímida expresión de la vida.

La hora del alumbramiento iba acercándose; se hallaba la futura madre en ese periodo de

las mujeres embarazadas, que parecen llevar en su sér como una explosión de vida, de fuerza. Pasados los achaques y molestias de los primeros meses, se llega á un bienestar, á un entonamiento, turbado sólo por las palpitaciones del vientre al acostarse, por los accesos nerviosos y alguno que otro dolor de cabeza. Sin embargo, la señora de Valuart no tenía alivio. Por instantes sentíase más enferma, hasta el punto de que todo su placer se ahogaba en los sufrimientos que sin cesar la martirizaban. Al fin llegó el momento de la terrible prueba. El nuevo sér parecía no querer abandonar su carcel. La infeliz enferma después de doce horas de padecimientos y de esfuerzos, seguía retorciéndose entre horribles dolores, lívida, sudorosa, estenuada. Sangraban sus uñas á fuerza de agarrarse con sus dedos convulsos al col-

chón del duro camastro que se le había preparado para facilitar el alumbramiento; sus ojos vidriosos tenían una mirada vaga, sombría, extraña; sus cabellos se agitaban en desorden, rechina-ban al apretarse sus dientes y á cada nueva contracción, á cada nuevo impulso, después de romper en sordas, apretadas quejas volvía á quedar como muerta, respirando con dificultad, entre-abiertos los labios, pálida la frente y encarnadas por la faena las mejillas. Hubo un momento en que pareció que todo había acabado; sin embargo la enferma se reanimó. Condenarla á una nueva tentativa equivalía á matarla; hubo que hacer uso del forceps. Aprisionado por aquellos brazos de hierro, rasgando el aire con su grito desconsolado, salió de las torturadas entrañas un niño grande, gordo, cuya piel encendida

parecía tener la expresión de una quemadura.

—Llévense, llévense esa criatura, murmuraba la aniquilada enferma en un raptó nervioso. Los gritos del niño, en su debilidad, en su extenuación, le rompían el cerebro.

A la terrible lucha del alumbramiento sucedió la paz, el sosiego. La parturienta se durmió por largas horas. El sueño fué un bálsamo prodigioso, despertó tranquila; llena de bienestar, deseosa de acariciar al niño y de llevarlo á beber el germen de la vida en sus redondos y blancos pechos, todavía duros y erectos como los de una virgen.

Cinco días pasaron sin alteración alguna. La madre se hallaba perfectamente y el niño parecía engrosar de hora en hora. Al atardecer del quinto día María Teresa sintió asomos de fiebre. «La de la leche será» dijo

para sí y se preocupó muy poco. A la mañana siguiente fué invadida de un frío tenaz, invencible, temblaba su cuerpo hasta hacer estremecerse la cama; más tarde comenzó á subir su temperatura hasta cuarenta grados; pocas horas después no alcanzaba ni la temperatura normal. Así se sucedieron diez días. Entonces comenzaron para la enferma espantosos martirios; diríase que todos sus órganos habían sido flagelados: dolíanle los pulmones, el vientre, la cabeza, las articulaciones parecía que iban á rompérsele; el pulso corría desigual y acelerado; entre tanto, ni en medio de las más altas temperaturas se turbaba su cerebro. El delirio llegó más tarde; fué el terrible presagiador de la muerte. Aquel hermoso cuerpo torturado por el dolor, calcinado por la fiebre, impotente en su lucha con la

---

enfermedad, se rindió al fin. Levantó el alma su radioso vuelo al seno del Eterno mientras el esposo infeliz quedaba en el mundo, transido de pena y sin hallar más alivio en su padecer, ni más aliciente para vivir, que aquel tierno huerfanito á quien bañaba con su llanto y casi quería ahogar con sus caricias.

---



## IV

Todos los afectos, todas las ternuras que hasta entonces habían anidado en el corazón del señor Valuart, se fundieron en un sólo sentimiento avasallador, irresistible: el cariño á su hijo Ricardo; desde aquel momento no vivió sino por él y para él. De continuo estaba pendiente del color de su rostro, de su peso, de la tranquilidad de su sueño, de cuanto podía indicar el estado de su salud. La infancia de aquel niño fué tan cuidada ó más que si hubiera existido su madre. Pasaron los años y llegó el momento de pensar en su sér intelectual. El padre hubiera querido mandarle á Europa,

pero no tenía valor para separarse de él, ni quería abandonar los negocios que debían darle el medio de asegurar á su hijo un brillante porvenir. Buscó los mejores maestros, hizo formar en la casa un bello salón de estudio, donde se hallaban todos los elementos modernos destinados á la enseñanza, de acuerdo con los últimos adelantos pedagógicos, á fin de que el niño no sufriera con el estudio ni se fatigara. Las horas de trabajo intelectual combinábanse con las dedicadas á ejercicios corporales y Ricardo á la vez progresaba en su cuerpo y en su espíritu. Por otra parte la naturaleza parecía conspirar para hacer más intenso el cariño de aquel padre; diríase que con esmero especial regó sus dones máspreciados sobre aquel ser. Ricardo era hermoso, de una figura delicada, aristocrática co-

mo la de su madre y un vigor y una salud dignas herencias del señor Valuart. Además era de índole suave—más bien pecaba por falta de carácter—inteligente, insinuante. Cuando llegó á ser todo un hombre, era la joya preciada de los salones: rico, bello, simpático, cruzaba por el mundo triunfante, halagado, querido. En las manos de todos los jóvenes había un apretón especial, afectuoso, al estrechar la suya, y en las miradas de todas las niñas iba envuelta una ardiente caricia cuando en él se fijaban. El padre sentíase feliz, orgulloso, al verse reproducido en aquel soberbio tipo de varón.

Había logrado que su hijo fuese el primero en todo; pero su vanidad de padre no estaba aún satisfecha; quería hacerlo inmensamente rico. Entonces pensó en ensanchar sus negocios; quiso abarcarlo todo: el

comercio, la industria, la banca, la agricultura. Como un pulpo que extendiera por todas partes sus tentáculos, él llevaba á todos los ramos de la actividad humana su espíritu emprendedor. Al principio un aplauso unánime acogió el gran esfuerzo y ante la perspectiva de un resultado favorable muchos temblaron. Por desgracia para el señor Valuart, se vió pronto que no contaba con tanta fuerza como iniciativa. Enredado en su propia tela, sin que bastaran su actividad, ni sus conocimientos, ni sus estudios, comenzó á declinar. A cada mal resultado obtenido en sus empresas, se enardecía y trataba de emprender otras nuevas y cada una de estas tentativas costábale grandes pérdidas y le hacía rodar con más celeridad á la ruina. Hubo un momento en que comprendió que iba á perderlo todo

y á quedarse en la calle. Inútil resultaba la consagración de toda una vida á un sólo objeto: Ricardo tendría que ganarse el pan de cada día, Ricardo conocería la necesidad, entraría él, acostumbrado siempre al regalo y al placer, de lleno en la terrible lucha por la vida. Este pensamiento lo enloquecía, lo perturbaba por completo, ponía un velo negro ante sus ojos y lo hacía decidirse á todo. Vivía en un constante estado de excitación nerviosa; apenas comía, no acertaba á conciliar el sueño, se paseaba sin cesar como bestia enjaulada.

Ricardo no sabía á que atribuir el estado anormal de su padre; don Carlos le ocultaba cuidadosamente su mala situación comercial.

—Esto no significa nada—decía á su hijo contestándole á sus eternas preguntas.—El exceso de

trabajo me enferma; pero ya descansaré á todo gusto; dentro de tres meses, á mediados de mayo nos iremos á Europa y ya verás que en un momento me pongo bien. No te preocupes.

Sin embargo el señor Valuart empeoraba de día en día. Por momentos hablaba solo, accionando de extraña manera, pasaba largos ratos frente á los libros de comercio, fijos, inmóviles los ojos, sin volver las páginas, sin darse cuenta de lo que hacía. Sentábase horas enteras en un sillón, sin hablar, rígido como una estatua, las manos una sobre la otra, doblado el talle é inclinada la cabeza. Cierta noche hallábase en el escritorio de su gran Bazar; era ya muy tarde, se habían marchado todos los empleados y estaba sólo. Recorría la estancia de un extremo á otro, agitado, nervioso, con paso desigual. No dejaba de fu-

mar un momento. Daba dos ó tres chupetazos al cigarro y lo arrojaba para prender otro. De pronto se detuvo; uno de los cigarrros había comunicado fuego á la alfombra; se desprendía de ésta un humito denso y el círculo ardiente se iba ensanchando poco á poco. Aquello fué una revelación: recordó los miles de libras en que tenía asegurado el Bazar, hizo con rapidez una especie de balance mental y comprendió que aquella suma podía salvarle: pensó en el incendio. Tal vez dejando quemarse aquella alfombra cambiaría la faz de su suerte. Tal idea no le duró más que un segundo. Se llevó las manos á la frente hundiendo sus dedos flacos entre los cabellos ya grises y después poniendo el pie en el pedazo que ardía, para sofocar el fuego, dijo con resolución:

—Jamás!

Pero llegó el día siguiente y vió su ruina más segura, más próxima; cada hora que corría era un paso al abismo. El cajero le puso al corriente de nuevas dificultades; en una de las cartas que recibió, le cerraba una casa europea el crédito y le exigía con premura el pago de su deuda. Y todos los días eran nuevos y mayores los obstáculos. A cada hora la idea del incendio renacía en su cerebro acalorado, y á fuerza de sucederse y sucederse sin cesar acabó por convertirse en una verdadera obsesión; le dominaba. Despierto, dormido, en medio del trabajo, á todas horas tenía la terrible tentación enfrente y cada vez la veía con menos repugnancia y en ocasiones hasta la aceptaba con placer. ¿No habían hecho lo mismo Mr. Dickson y Pedroza y Suarez y tantos más? No obstante seguían siendo mi-

mados de la sociedad, considerados y vivían felices, sin asistir á la desgracia de su familia. Pero el remordimiento crecía de pronto y una nube pasaba por su frente. La lucha era horrible: la honradez se oponía y la necesidad reclamaba. Pasaron días y días en medio de aquel tormento, al fin triunfó la necesidad, mejor dicho la ambición.

No quiso tener cómplices. Dispuso preparar él sólo el incendio. Por su desgracia obró con tan poco cuidado que dos de los dependientes sospecharon algo y el criado lo comprendió todo después de la catástrofe. Recordó que la víspera don Carlos le había pedido la llave de un cuartito al cual no solía entrar nunca y que fué precisamente allí donde apareció el fuego. El honrado comerciante, el hombre de bien no tenía la costumbre de obrar mal y su proceder fué tor-

pe: se vendió. Su misma salida del almacén poco antes del incendio era un indicio poderoso. Todo estuvo contra él llegado el momento de la acusación. Su hermoso sueño á tanto costo realizado, se convirtió en vergüenza y en castigo. Se había oído el grito acusador de la multitud; aquellas tempestades de odio llevaban en sus entrañas la verdad. La ley iba á pasar sobre un monte de oro. Triunfaba la justicia.

---

## V

Todo en un momento había acabado para Ricardo: la amistad, el amor, la fortuna. El que pocos días antes cruzaba el mundo sonriente, sin encontrar más que dichas por todas partes, ahora caminaba entre sombras y lágrimas; el que antes iba tan acompañado, ahora estaba sólo, completamente sólo. Se habían desvanecido sus sueños más hermosos, empezaba á comprender la vida; á palpar el cieno, la inmundicia que se alberga en el corazón de los hombres. No tenía de lo pasado más que su juventud, que acrecentaba su fuerza para sentir los martirios de aquella terrible prueba. Tres

días había estado sin salir de su cuarto y nadie había ido á preguntar por él. Los que habían vivido á su lado en los hermosos tiempos de prosperidad le volvían la espalda en el infortunio. Durante sus horas de encierro no había llegado á sus oídos más acento humano que el de su antiguo sirviente que venía á preguntarle si algo se le ofrecía. Por eso le sorprendió tanto oír que llamaban á su puerta.

—Adelante—gritó con cierto disgusto. En medio de la tristeza y la decepción que le dominaban había acabado por tomar cariño á su soledad.

Se abrió la puerta y entró un hombre de mediana estatura, flaco, de rostro apergaminado, calvicie que trazaba un cerquillo, ojos negros, vivos, pequeños, que chispeaban detrás de unos lentes enmarcados en aros de oro.

—Qué tal Licenciado?—repuso Ricardo, tendiéndole la mano y sin levantarse de su asiento.

—Regular y Ud? Le encuentro muy encerrado: está enfermo?

Una ola de sangre cubrió el rostro del joven; aquella frase le pareció una grosera ironía.

—Me extraña su pregunta— exclamó con tono áspero y como el que empieza una frase que ha de concluir en una explosión de cólera; pero halló tal sinceridad, tal dulzura en la fisonomía de su interlocutor que cambió de tono y enterneciéndose con sus propias palabras á medida que las pronunciaba, agregó:

—Si me extraña; yo que soy el hombre más infeliz de la tierra ¿qué otra cosa mejor puedo hacer que encerrarme? ¿Cree usted que podría andar paseando mi vergüenza por las calles? Ah! no. Comprendo mi situación, la he medido y me abruma. Desde el

funesto día del incendio no hago otra cosa que sufrir, y más de una vez ha pasado por mi mente la idea del suicidio, atrayente, simpática, como mi única salvación posible. Señor Pereira, le juro que si no fuera porque quiero evitar ese nuevo golpe á mi padre ya me hubiera matado; la vida me carga. No encuentro en ella nada que la haga digna de conservarse. Ya comprende Ud. por qué me encierro: á falta de poder hacer otra cosa.

Una leve, inapreciable sonrisa se dibujó en los labios del Licenciado Pereira; brillaron sus ojos más que de costumbre; dejó el asiento que había tomado y parándose en frente del joven exclamó con mal velada alegría:

—Ya esperaba encontrarle así. Ud. ha vivido en medio de la felicidad y no ha tenido tiempo de palpar la vida. Permítame decírselo, y perdone: es Ud. muy

niño. Lo que le pasa no merece la pena de echarse á morir; se lo digo con franqueza.

A medida que hablaba el Licenciado, Ricardo sentía que una sierpe le mordía el corazón. Cuando concluyó no pudo contenerse; púsose también de pie y encarándose con aquel hombre que venía á insultar su dolor, le arrojó iracundo al rostro estas palabras.

—Puede Ud. pensar lo que quiera y tener de la vida la opinión que le plazca, poco me importa; pero yo, por ser muy niño ó por lo que Ud. quiera, tomo en serio mi desgracia y creo que hago bien. No hablemos más del asunto. ✓

Habían sido pronunciadas estas palabras con tal cólera que el Licenciado se inmutó un poco y guardó silencio, esperando que se apaciguara el enojo de Ricardo. Después de un momento reanudó la conversación:

—Le juro á Ud. que no he querido ofenderle—dijo.—Todo lo contrario, pensaba consolarle y más aún proponerle una cosa que..... creo que le agradaría. Si le ofreciera sacar libre á su padre del grave asunto en que ha caído, ¡vamos! no sería de su gusto?

Ricardo no comprendió por el momento todo el interés que ocultaba aquella proposición. Pensó únicamente en su padre, en él, en la sociedad que los escarnecía y exclamó con íntimo alborozo y cambiando por completo de actitud:

—Si eso fuera posible le daría á Ud. todo lo que tuviera.

—No tanto como eso—murmuró el señor Pereira, satisfecho del buen resultado de su proposición—tal cosa equivaldría á despojarlos á Uds., pues no debe ocultársele que si consigo la libertad de su padre será porque

pruebe su inocencia y en tal caso el seguro será pagado al momento.

Cambiando de tono prosiguió:

—Tampoco crea que me ofrezco á servirles por pura filantropía, nó. Soy pobre y vivo de mi profesión. Cobraré lo justo, lo que sea legal y nada más. Por otra parte si mis gestiones no dan resultado, nada exijo. Sé que Ud. en tal caso quedará muy mal parado y aunque quisiera nada podría darme. Pero yo estoy seguro del buen resultado, segurísimo!

—Sin embargo—se atrevió á interrumpir Ricardo—todo parece condenar á mi padre.

—Parece, esto es, Ud. lo ha dicho. Pero yo puedo hacer que no parezca. La ley tiene tanto de ancho como de angosto y nosotros conocemos las dos dimensiones. Con ciento cincuenta mil libras que es el aseguro

ya se puede hacer mucho. El hombre es débil, amigo mío, y los jueces son hombres. Una sonrisa, amarga, diabólica, vino á poner su sello propio á todo el fárrago de inmundicia que se ocultaba en aquellas palabras.

En otro tiempo y otro caso Ricardo hubiera rechazado la terrible proposición; pero en aquel momento no era posible.

—Entonces, Licenciado, no tenemos más que hablar—dijo—Encárguese Ud. de la defensa, se lo suplico. Una cosa deseo nada más: que se me permita ocultarme hasta no conocer el resultado. Antes de que no se haya concluído favorablemente ese asunto, no podría presentarme en público. Tenemos una casita allá cerca de San Rafael de Desamparados; es muy humilde pero me iré á ella. ¿No hay inconveniente?

--Ninguno—y el señor Pereira

al decir esto estrechó la mano de Ricardo repitiéndole con acento complacido;—le sacamos libre; se lo aseguro—y abandonó el cuarto mientras el joven se dejaba caer en un sillón y rompía á llorar profusamente; pero con un llanto dulce, aliviador, como no había podido derramarlo en los días que precedieron á esta entrevista.

---



## VI

El Licenciado Pereira era hijo de una pobre mujer del pueblo y de un hombre de alta jerarquía por su linaje y por su ciencia; uno de esos hombres que resuelven el problema de que se les juzgue honrados á fuerza de parecerlo. Todo el mundo hubiera depositado oro en sus manos y entregado vírgenes á su tutela: se acostaba temprano, se escandalizaba fácilmente, hablaba contra los hijos naturales lleno de ira santa, lo cual no obstaba para que, de vez en cuando, perdiese á una joven, después de una violación brutal. De una de estas infamias nació don Cipriano Pereira, sin que

le mereciese jamás ni una mirada á su padre. ¿Cómo el hombre grave, austero, jefe de familia, podía fijarse en un bastardo, aun cuando fuese carne de su carne y hueso de sus huesos, engendro suyo, en un momento de lasciva y voluptuosa sinceridad? La madre á su vez, había ido de descenso en descenso hasta llegar al abismo. Su propio hijo, ya muchacho de nueve años, la vió, en una sola noche, recorrer la escala de tres amantes. Estos recuerdos y el abandono de su padre dejaron en su corazón un fondo de escepticismo y despecho, que con la edad convirtiése en odio contra la raza humana. Todo su talento y toda su energía los puso al servicio del mal. Después que fué abogado,—no sin grandes trabajos—dedicóse al estudio cuidadoso de la legislación de su país, con el solo fin de encontrar el

modo de sacar con bien todas las malas causas. Nadie como él para defender á un seductor. Parecía complacerse en la perdición de las vírgenes, como si en aquello hallase una venganza de la violación de su madre. Nadie como él para acusar á un hombre conspicuo. Diríase que desenmascarando á los otros castigaba á su padre. Los asesinos, los que quebraban fraudulentamente, los ladrones, en todas las esferas, á él recurrían en demanda de apoyo y lo encontraban.

Cierto marido le comisionó para que fuese á proponer el divorcio á su esposa, una honrada y noble mujer. Pereira no tuvo inconveniente en ir. Cuando la señora oyó la proposición, repuso llena de dignidad:

—Nunca: si Alberto no quiere vivir conmigo que no viva, pero divorciarme, eso jamás.

—Pues tendrá que hacerse,

mi señora, dijo el Licenciado sin inmutarse. Habrá una acusación contra Ud.

—Contra mí? Y quién la creerá?

—La probaremos señora. Los testigos falsos dan en tierra con la más pura reputación.—Y el señor Pereira salió de la sala, sin abandonar su amable sonrisa, haciendo genuflexiones respetuosas, mientras la dama, encendida, llena de cólera y desprecio, conteniendo el llanto que se saltaba de sus ojos, le decía:

—Fuera, fuera de aquí miserable ó me veré obligada á llamar la policía para que le saque como un ladrón.

Este era el hombre que se hacía cargo de la defensa del señor Valuart, y que viendo detrás de ella ciento cincuenta mil libras, la tomaba con toda la fuerza de su maldad y todo el empeño de su loca ambición.

## VII

Los primeros días de reclusión en su casa de campo fueron para Ricardo verdaderamente abrumadores. La soledad y el aislamiento á que él mismo se había condenado, le eran menos duros en su casa de San José, grande, lujosa, cómoda; en cambio en su nueva habitación, estrecha, deteriorada por el tiempo y el abandono, pobre, le oprimían el alma hasta hacer saltar lágrimas á los ojos. De su cuarto de soltero, un lindo cuarto, primor de elegancia y gusto, no quiso llevarse sino los muebles más necesarios; muebles de gran precio que resultaban en medio de aquellas paredes blanqueadas

con cal, desiguales y bajas, algo impropio y desagradable. La biblioteca, sí la llevó íntegra; sus amados libros eran los únicos de sus antiguos compañeros, que no le abandonaban en sus días tristes; más bien distraían sus penas y hacían menos desesperante su situación.

En su nueva residencia se entregó por completo á la lectura. Concluía un libro y tomaba otro nuevo. No dejaba el sillón más que para ir á la mesa, donde apenas si probaba una que otra cosa. La vida sedentaria le había matado el apetito. En su antigua morada siquiera solía pasearse meditabundo y ensimismado por los grandes corredores hasta rendirse, porque, en su abstracción, no se daba cuenta de las horas largas que pasaba en aquel ejercicio; pero en su nueva residencia eso no era posible. La casa era pequeña y sí